

# BETEUS

**Por Jordi Escoin**

Lo malo de los cuarenta es que empiezas a notar los síntomas de la vista cansada. Al principio te resistes a aceptarlo, alejas el móvil para leer el WhatsApp, compras libros de tapa dura con la letra más grande, pero pasados los cuarenta y cinco, ya no pude ignorarlo por más tiempo. Así que al recibir por correo un vale descuento del cincuenta por ciento de la nueva óptica del barrio, me decidí a poner remedio a la presbicia.

—Usted necesita unas progresivas—, me dijo la encantadora señorita, después de hacerme la valoración. Cuando le mostré el vale de descuento se entusiasmó y me dijo que con aquel vale tenía derecho a unas increíbles gafas con lentes de nueva generación que costaban 400 euros, con el descuento ya incluido. No me pareció una súper oferta, pero por lo que sabía que costaban este tipo de gafas tampoco me pareció tan mal.

A la semana siguiente me encontraba de nuevo en la óptica. La chica me dio a probar las progresivas y al ponérmelas casi me caigo de la silla. ¡La veía como si estuviera desnuda! Le dije que algo andaba mal, que se las pusiera a ver si veía algo raro. Un poco extrañada, lo hizo, pero me dijo que no veía nada fuera de lo común, salvo que, al no ser de su graduación, veía borroso. Me ofreció una revista para ver si podía leer bien y me las puse otra vez, procurando no mirarla. Veía muy bien las letras, incluso las más pequeñas, daba gusto. Forcé un poco la vista y de repente me encontré visualizando la página interior, me esforcé un poco más y pude ver las siguientes páginas sin necesidad de pasar las hojas. ¿Qué milagro es este? Pensé.

Cogí el móvil para leer el WhatsApp y también lo veía perfectamente, pero al concentrarme un poco lo que observé fue el interior del teléfono. No salía de mi asombro. Decidí hacer lo contrario, relajarme, y mirando de reojo a la muchacha observé como poco a poco su ropa dejaba de transparentarse. De nuevo me concentré, esta vez sesudamente, y no solo le traspasé la ropa, sino que conseguí verle los músculos, por debajo de la piel, también la forma opaca de los huesos, arterias y venas, incluso vi latir su corazón. ¡Menudas progresivas! Parecían lentes de rayos X.



A pesar de lo extraño de todo aquello no reclamé ni expresé enfado alguno, sino que decidí quedármelas. La verdad es que ansiaba seguir experimentando con ellas. Ya en la calle, me las puse para mirar a la gente y veía a todo el mundo casi desnudo, pero no solo veía esbeltos cuerpos desnudos de personas jóvenes, no, también de mujeres entradas en edad, de hombres barrigones... así que practiqué un poco el recién descubierto arte de la relajación visual hasta conseguir no desnudar tanto a la gente. ¡Fue un alivio! Bueno, a algunas personas apetecía verlas con más claridad, así que para alejar la tentación decidí mirar a los coches. Descubrí que al forzar la vista podía ver los motores y otras partes mecánicas, fantástico. ¡Tenía la vista de Superman!, bueno, las lentes.

¿Qué utilidad podría darle a todo aquello? A lo mejor podría ayudar a la policía a descubrir terroristas que ocultasen armas o explosivos bajo su ropa, o quizás podría ayudar a los médicos a descubrir tumores difícilmente detectables... Estaba dándole vueltas a tan loables cuestiones cuando un hombre alto que andaba por delante de mí, se paró un momento y volvió la cabeza. Nuestras miradas se cruzaron durante unos instantes, después siguió su camino. Me concentré mirándolo y para mi sorpresa lo vi de un intenso color azul, algo llameante, pues el color parecía emanar de su piel dejando un pequeño halo fluorescente en el aire. Le seguí. Unas calles más adelante el tipo entró en un pub y tras unos momentos de duda decidí hacerlo yo también. Le localicé en una mesa en un rincón del fondo del local. Al acercarme me miró fijamente y con un gesto de la mano me indicó que me sentara.

—Te preguntarás qué está pasando.

—¿A qué se refiere? —contesté haciéndome el sorprendido.

—Has descubierto que tienes ciertos poderes con esas lentes. Solo tú — remarcó—, pues la señorita de la óptica no vio nada raro al ponérselas.

—¿Quién eres? —inquirí entre asustado e indignado—. ¿Qué broma es esta? ¿Se trata de uno de esos programas de televisión con cámara oculta?

— Mira el espejo que hay a tu izquierda.

Al hacerlo no vi nada extraño al principio, solo veía mi imagen y la del hombre, pero al concentrarme en nuestros reflejos, vi que no solo su piel tenía aquel potente tono azulado, ¡Yo también lo tenía!

No entendía nada de nada, mi confusión era absoluta y así se lo dije.



— Déjame que te lo explique, Brendan— No me sorprendió que supiera mi nombre. Si sabía lo de la óptica, podía saber cualquier cosa de mí.

Primero se presentó. Se llamaba Fred, aunque ese no era su verdadero nombre, aclaró. Dijo pertenecer a una unidad de élite que tenía la misión de encontrarme. El planeta Tierra, explicó, es uno de los cinco planetas de la vía láctea que se utilizan como prisión. Cuando en una civilización avanzada se cometen delitos graves se destierra a los culpables a estos planetas poco evolucionados. Si el delito es muy grave se traslada al deportado o deportada a una zona poco segura, quizás en conflicto bélico. No era mi caso, explicó, pues yo no era un delincuente común, sino que pertenecía a un cuerpo de élite de seguridad, al mismo al que él pertenecía, pero cometí un genocidio en una misión, sobre el que no podía entrar en detalles, pues aún no tenían la seguridad de que yo fuera realmente el Ser que ellos buscaban. El planeta Tierra, dijo, tiene el efecto de contrarrestar también algunas de sus habilidades naturales. Todo el planeta es como la kryptonita de Superman, por eso aquí tienen que usar las lentes potenciadoras, que solo producen efecto en los de su especie, dijo señalando sus lentes y las mías. Me explicó que sospechaban que mi Ser fue transferido al cuerpo moribundo de un joven muchacho de veinticinco años, que había sufrido un grave accidente de tráfico.

Yo empezaba a pensar que el tal Fred se había fumado algo, sin embargo, lo interrumpí para decirle:

— Mi madre siempre decía que después del accidente yo ya no era yo.

— Las madres siempre notan estas cosas —dijo—, en la Tierra y en todo el universo.

El destierro, continuó explicando, era para toda la vida y al morir el cuerpo terrestre, el Ser retornaba a su origen con la condena cumplida y recuperando la memoria. Sin embargo, ellos no podían esperar. Graves acontecimientos que estaban sucediendo en una región de otra galaxia habían motivado mi localización y rescate. Un rescate ilegal, reconoció, del que no sabían nada sus superiores.

—¿Vais a matarme para liberarme? —pregunté asustado.

—No funcionaria. Tu Ser iría directo al centro penitenciario donde se almacena tu cuerpo original. No podríamos liberarte allí, pues antes de salir deberás cumplir ciertos rituales...



Por eso, explicó, el montaje de las progresivas, cuando supieron que me preocupaba la presbicia. Habían decidido intervenir para forzarme a recordar. El tiempo apremiaba y necesitaban que me volviera a sentir el comandante Beteus, pues solo él podía ver el interior de los otros y conocer sus intenciones ocultas, lo que era vital para la misión.

Mis relatos de fantasía y ciencia ficción, continuó, que tan favorablemente fueron acogidos por la crítica, llamaron su atención, pues prácticamente en cada uno de ellos evocaba algún detalle que parecía provenir de mis experiencias como guardián galáctico y que seguramente afloraban de mi subconsciente. Por eso sospechaban que yo era Beteus.

— Lo siento Fred, no me trago esta fantástica historia —le dije—, lo de las lentes puede ser un truco real. Recuerdo que hace algunos años retiraron del mercado unas cámaras de video porque en modo nocturno desnudaban también a la gente.

Fred inclinó la pinta de cerveza que sostenía en la mano derramándola sobre la mesa. Me levanté de golpe para evitar que el líquido que goteaba por los bordes manchara mis pantalones. Entonces Fred, mirando con intensidad toda aquella cerveza desperdiciada, consiguió que el líquido retornara al vaso, volviéndolo a llenar, como si de un video en marcha atrás se tratara.

— Vale, vale, te creo — le dije alzando las manos en son de paz —, eso no es un truco.

Me volví a sentar y ya más calmado le pregunté:

—Has dicho que cometí un genocidio. ¿Soy un asesino? ¿Qué es lo que hice?

Fred me contó que destruí el asteroide pirata de los Akhondöa, con sus dos mil habitantes, como venganza por la destrucción de nuestra nave almirante. Yo no lo sabía, pero resultó que el almirante y el resto de mis compañeros habían abandonado la nave justo a tiempo, antes del impacto del misil lanzado desde el asteroide. Al parecer perdí la razón por amor y por amistad, pues la persona a la que amaba y mi mejor amigo estaban en esa nave.

Me incliné hacia Fred y le dije en voz baja:

—¿No será el almirante o tú mismo la persona a la que amaba, espero?

—No puedo responderte a eso, no todavía —dijo Fred todo serio.



—No tengo nada en contra, no pienses mal —me disculpe. —Algunos de mis mejores amigos son gays, pero me gustan demasiado las mujeres —me encogí de hombros.

Fred siguió mirándome todo serio sin decir nada.

—¿Quizás tú eras mi mejor amigo?

Nada.

—Bueno, da igual. En todo caso me has dado material suficiente para un buen relato —sonreí.

Pero Fred seguía ahí en silencio, esperando al parecer algún tipo de compromiso por mi parte.

—Vale tío, es una historia tan increíble que seguramente debe ser cierta. Pero necesito tiempo para asimilar todo esto, deja que lo consulte con la almohada.

—¡No puedes consultar esto con nadie Brendan!

—Tranquilo, tranquilo, es solo una forma de hablar —suspiré—, solo significa que te daré la respuesta mañana, después de dormir, ¿OK?

—De acuerdo —sonrió Fred.

Nos levantamos y nos estrechamos la mano.

Llegué a casa muy inquieto después del encuentro con Fred. No podía dejar de pensar en todo aquello. ¿Cómo serían las aventuras que corrí como guardián galáctico? ¿Qué aspecto tenía yo en realidad?

Entré en el cuarto de lectura, donde tenía mi preciada colección de libros de fantasía, ciencia ficción y terror de la que me sentía tan orgulloso. Curiosamente fui directamente al rincón de los cómics, pasando de largo la sección de los clásicos aún a costa de que Asimov, Tolkien o Le Guin se revolvieran incómodamente en sus tumbas.

Dudé un instante entre DC y Marvel Comics, de niño siempre fui un apasionado de Thor y Hulk. Sin embargo, BlackCat no tenía nada que hacer contra Catwoman o Wonderwoman, que me tenían totalmente enamorado. Al final terminé ojeando los dos universos por igual, de repente me sentía muy ligado a todos aquellos personajes, como si formara parte de aquel club especial de elencos. Todas aquellas sensaciones me resultaban muy curiosas pues siempre había considerado a los superhéroes como un buen entretenimiento de rango inferior. Pero ahora los sentía casi como mis compañeros, y noté



como un ligero sentimiento de culpa anidaba en mi corazón por no haberlos tenido en mayor consideración.

Después de casi una hora mirando cómics me rendí y me dirigí al lavabo para hacer la prueba que había estado aplazando desde mi encuentro con Fred. Me miré en el espejo dejando que el azul incandescente invadiera mi reflejo, y me concentre en mi imagen azulada, intentando poco a poco entrar dentro de mí mismo.

Esperé y esperé la ansiada revelación, me preparé para notar como los recuerdos invadían mi memoria, para reconocermelo como el fantástico Beteus, pero no pasó absolutamente nada. La decepción invadió mi estado de ánimo.

¿Y si hacia algo prodigioso con mis poderes? pensé. Así que volví a la habitación de lectura y tiré una buena parte de los libros de las estanterías. Después me concentré con la mirada para colocarlos de nuevo en su sitio, igual que había hecho Fred con la pinta de cerveza derramada.

Uala!

No conseguí meter ni un solo libro en su lugar, pero se armó la gorda: todos los ejemplares empezaron a danzar volando por toda la habitación encontrando cada uno un lugar de reposo a su bola: encima de la mesa, en la repisa de la ventana, encima del armario, en el sillón, amontonados unos encima de los otros en las estanterías, en el suelo... Tuve que esquivar a varios para que no me dieran en la cabeza. No había caído en la cuenta de que podía autolesionarme con mis poderes, así que di fin al espectáculo.

De repente sentí una necesidad imperiosa de escribir y busqué el portátil. Me costó un poco encontrarlo, sepultado por una buena colección de libros y revistas. Lo abrí impaciente, necesitaba relatar sobre todo aquello antes de partir. Sí, partir, porque al final he decidido aceptar mi destino y acompañar al tal Fred en esta extraña aventura. Mientras nos despedíamos, cuando nos dimos la mano, me dijo que si aceptaba pronto me presentaría a una persona que me ayudaría a recordar. La verdad es que ahora ya estoy impaciente.

Sé que cuando has empezado a leer esto habrás pensado que era un nuevo cuento de fantasía o ciencia ficción, como algún otro que te he mandado por mail desde que nos conocimos. No les he dicho aún nada de ti, Rossana, aunque seguro que saben de tu existencia, pues parecen saberlo todo sobre mí. Perdóname, no me atreví a quedar contigo para contártelo.



Ya sé que suena a locura, pero como prueba te pido que vayas a la óptica y encuentres la manera de decirle a la chica que se haga una mamografía del pecho derecho: vi un bulto raro allí. A mí no se me ocurre como hacerlo sin delatar mis recién adquiridas habilidades.

Pero antes de partir debo confesarte una cosa. Lamento no haberme sincerado contigo por lo que respecta a mis sentimientos y no haberte abierto mi corazón sin reservas. No sé si al final recordaré quien fui o si seré quien realmente buscan, pero de una cosa estoy seguro: eres una buena persona, lo sé, lo siento en mí interior, y ahora que he de partir me doy cuenta de lo mucho que te quiero. Te amo Rossana y juro que volveré por ti, por nosotros, aunque tenga que cruzar todas las galaxias del universo, ¡te lo prometo!

---

Rossana dejó el móvil a un lado y se quedó pensativa. Se levantó de la cama para desayunar y poco a poco una sonrisa se dibujó en su rostro.

Presionó en el centro del medallón que llevaba al cuello y dijo: ¿Fred?

—¿Almirante? —resonó una voz en su cabeza—. ¿Estás lista para encontrarte con él y explicarle quien eres en realidad?

—Sí, pero antes tengo que pasar por la óptica a cumplir un encargo. Quedaremos con él más tarde.

—No disponemos de demasiado tiempo.

— Tranquilo, Fred. Tu plan ha dado resultado. Pensaba que yo podía hacerlo sola, pero tenías razón, sin mostrarle algo de nuestros poderes nunca podría recordar. Es él, Fred, ¡es Beteus! ¡Tengo la prueba!

— ¿Por fin ha recordado?

— No, no todavía, pero me ha contado lo de las progresivas y el encuentro que tuvo ayer contigo. Lo ha escrito como si fuera uno de sus cuentos, y al final...al final me ha dicho lo mismo que me dijo cuándo lo deportaron, las mismas palabras: volveré por ti, por nosotros, aunque tenga que cruzar todas las galaxias del universo, ¡te lo prometo!

**FIN**

